



Madrid 8 de Diciembre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—El Invierno, por don Pedro de Vera.—El nido, por don Antonio Arnao.—Historia: España goda, por don José S. Biedma.—Estrellas y Luceros (Balada), por doña María del Pilar Sinués de Marco.—La Avaricia, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Corred despacio.

GRABADOS. El Invierno.—Wamba.—Witiza.

EL INVIERNO.

El invierno! A este solo nombre cuántas ideas y pensamientos se despiertan en nuestra mente! Un soplo de gigante, venido de no sabemos dónde, empaña repentinamente el brillo del cielo y arrebatá á la tierra todos sus adornos. Los días amanecen envueltos en una densa niebla, que nos roba la vista del sol que nace; el viento troncha con furia las desnudas ramas del bosque; la nieve cae en

copos sobre los áridos campos; los rios detienen su curso, helada la superficie; y la naturaleza toda aparece cubierta de un velo sombrío. Del mismo modo que la vejetacion se oculta á nuestra vista, encerrándose bajo la dura corteza de los árboles, el bullicio y la animacion de la vida humana desaparece de las calles y paseos, concentrándose en el interior de las habitaciones: en una parte se esconde trémula la miseria, y el hambre aguza los sentidos: en otra la música, el baile, el juego y los festines, sirven de distraccion á los favorecidos de la fortuna.

La alegoría, el arte de explicar lo invisible por lo visible, ¿ha explicado alguna vez estos efectos del invierno por medio de una figura

Tomo II.

Núm. 46.

propia que los represente verdaderamente?

Hay que convenir, ante todo, que no se puede pedir esta personificación á los artistas de aquellos climas en donde no se conocen los rigores del frío. En Egipto, por ejemplo, una alegoría del invierno sería imposible.

En Grecia y Roma las tres divinidades que se habían repartido el imperio de las estaciones de las flores, de las mieses y de la vendimia, nos son bien conocidas. Pero ¿á qué deidad pertenecía el invierno? La ciencia no acierta á explicarlo, ó cuando menos duda. Quizá sería á Júpiter *Pluvius* (lluvioso), porque *hiems* significa á un mismo tiempo, lluvia, tempestad, invierno; quizá á Hércules, aquel devastador invencible, para quien la niñez no tuvo una sonrisa, ni la juventud un encanto. Según algunos testimonios, que no dejan de hallar contradicción en la crítica, se colocaba alguna vez su estatua enfrente de las de Mercurio, que representaba la primavera, Apolo el verano, y Baco el otoño.

En Atenas, sobre un Zodiaco de estilo antiguo, que se veía encima de una puerta del *Catholicon*, iglesia bizantina, el invierno estaba representado por un grupo de gentes sentadas á una mesa; pero esto es un signo vago, que se empleaba también alguna vez en los Calendarios rúnicos. En un sarcófago, publicado por Winkelmann, y que debe ser del tiempo de los primeros emperadores, el invierno estaba figurado por una joven cargada de caza. En algunos medallones se le ve representado por un génio alado, llevando en la mano algunos pájaros muertos; pero por ingeniosa que sea la alegoría, ¿se habría comprendido la significación de este pobre niño sino se le viese acompañado de sus tres hermanos, uno coronado de flores, encorvado el otro bajo el peso del haz de mies, y esprimiendo el tercero con sus frescos lábios algunos granos de uva?

El arte cristiano, que no podía buscar en objetos materiales el asunto de sus símbolos, no recordamos que haya personificado las estaciones.

El arte del siglo XVII, tan solícito en imi-

tar al del paganismo, se encontró embarazado para tomar de éste un invierno, y no supo idear otra cosa que el anciano, que con manos temblorosas se calienta al brasero, como se representa en la fuente de las *Cuatro Estaciones* del Prado de Madrid.

Los pintores modernos también han evitado, en su mayor parte, el personificar las estaciones; se han limitado á describirlas representando, sin alegoría, los placeres y faenas de cada una. Algunos se han detenido en analogías, algo distantes de la verdad. El Poussin figura el invierno por el *Diluvio*, y Leopoldo Robert por la *partida* de los pescadores.

Este corto número de hechos nos permite concluir, que no se ha hallado todavía una alegoría del invierno que satisfaga. La mejor que conocemos es la de Grandville, á quien no se ocultó la dificultad de la empresa, tanto más conociendo lo poco favorable que es á la alegoría el positivismo de nuestra época. Pero esta persuasión no le hizo caer el pincel de las manos. Se propuso figurar el desencadenamiento poderoso, irresistible, de las fuerzas de la naturaleza en el invierno, y seguramente la concepción del principal personaje de su cuadro, contrasta por su expresión y energía con la del viejo caduco del siglo XVII, calentándose á su estufilla de mármol.

El invierno de Grandville, vestido de pieles, enérgico como el Judío Errante, se apoya en el tronco de un árbol, que ha arrancado de raíz: su barba erizada está cuajada de témpanos de hielo: su aliento se exhala blanco y condensado: sus patines recuerdan á la vez los ventisqueros que ha atravesado, y los juegos de la estación. Se deja resbalar con la rapidez del águila, llevando á su lado las fieras del Norte, y por comitiva algunos trajes de Enero, mes también de los disfraces, simbolizados por el arlequín, que se vé entre aquellos.

En el fondo se ven algunos accesorios, que completan el pensamiento. La nieve, cubriéndole todo, como un inmenso sudario; una cabaña, cuya chimenea despidе negro humo; un pobre anciano, con un niño, en lontananza; y en los aires bandadas de cuervos, próximos á

echarse á tierra y disputar á los hambrientos lobos su miserable presa.

La composicion se esplica y se defiende por sí misma, llevando el sello de originalidad que



El invierno.

Estos detalles, que añaden claridad y fuerza á la personificación, están distribuidos con arte y reserva. Nada sobra á nuestro parecer.

distingue en tan alto grado todas las obras de este artista.

PEDRO DE VERA.

EL NIDO. (1)

I.

El señor Treuhold, consejero de un príncipe de Alemania, poseía una preciosa casa de campo en un paraje muy agradable. De vez en cuando abandonaba la corte para ir á pasar en aquella algunos días, deseoso de respirar el aire puro de los campos, y de descansar de las fatigas de los negocios. Cierta hermosa mañana de Mayo llevóse consigo sus dos hijos, quienes por primera vez verificaban dicho viaje.

Eran estos dos graciosos niños de fresca y sonrosada mejilla. La idea de morar en el campo les causaba un placer inmenso. El vasto y rico jardín contiguo á la casa, los campos tapizados de verdura, las praderas esmaltadas de flores, eran para ellos un espectáculo nunca visto y que les embelesaba.

Pero lo que sobre todo les gustaba, era cierto bosquecillo en forma de parque, atravesado en todas direcciones por numerosas calles de árboles, ya rectas, ya tortuosas; todas esmeradamente enarenadas. En dicho bosquecillo, situado á un extremo del jardín, crecían robles seculares, tilos artísticamente recortados, hayas de hojas tiernas y delicadas, y mil bellos arbustos cubiertos de flor. Tropel de mariposas de todos colores revoloteaban á los rayos del sol, é innumerables pájaros balanceándose en las ramas ó ocultos en el follaje, hacían sentir desde la mañana á la tarde sus deliciosos gorjeos.

Como lo tenía de costumbre, el señor Treuhold llevó un día los dos niños al citado bosquecillo, y despues de haber dejado un buen rato que corriesen y triscasen á su presencia, les llamó para enseñarles un nido que acababa de encontrar. Muy difícil sería explicar la alegría que experimentaron á la vista de éste y de cinco diminutos y débiles pajarillos, á los cuales daban los padres alimento con el pico, sin

manifestar que se asustaban del ruido. No podían cansarse de ver aquel cuadro, y estaban como fuera de sí de gozo.

Sentóse entonces el padre en un banco de piedra que había á la sombra de un corpulento árbol, de modo que se pudiese ver fácilmente á los padres, quienes sin cansarse traían constantemente á sus pequeñuelos la comida que iban á buscar á los alrededores. Los dos niños se sentaron á su lado.

—¿Quereis, hijos míos, exclamó el señor Treuhold, que os cuente la historia de un nido? Me parece que semejante narración os interesará; tanto mas cuanto que el acontecimiento que en ella se refiere se verificó en esta misma comarca.

—Sí, sí, papá, contádnosla: respondieron á una los niños.

—Pues bien, oidme, que ya comienzo.

II.

Hará como unos veinte años que en un hermoso día de primavera estaba sentado justamente en el sitio que yo ocupo, un pobre muchacho que guardaba unos corderos. Tenía en su mano un libro en que leía con suma atención, sin alzar de él apenas los ojos por no distraerse. Solamente de vez en cuando dirigía una mirada á su rebaño que pacía en esa reducida pradera que se estiende entre este bosquecillo y aquel arroyuelo de allá abajo, cuya corriente susurra medio oculta entre los álamos y los sauces.

Al levantar así los ojos para observar su ganado, vió una de las veces que delante de él estaba parado un niño, de facciones muy delicadas, que llevaba un hermoso vestido verde bordado de oro. Era el hijo del Príncipe, de diez años á la sazón. El pastorcito que nunca le había visto, y que por tanto no le conocía, se figuró, al observar su rico atavío, que era hijo de algun señor de las cercanías.

—Buenos días, señorito, dijo el pastorcillo quitándose y volviéndose á poner su rústico sombrero de paja: ¿puedo servirlos en algo?

—Díme, respondió el Príncipe, si hay por aquí nidos.

[1] Cuento tomado de una imitación de Schmid, hecha por el abate D. Pinart.

—Qué si hay nidos? replicó riendo el pastorcillo: vaya una pregunta! Pues no oís cantar los pájaros por todas partes? Nidos! á fé mia que no faltan, porque cada pájaro tiene el suyo.

—Puesto que es así, volvió á decir el Príncipe con tono cariñoso, tú debes saber dónde hay alguno oculto.

—Sí, replicó el pastorcito con aire entre maligno y socarrón: sé dónde hay uno muy lindo, el mas hermoso que he visto. Está cuidadosamente cubierto por fuera de yerba menuda, y por dentro tejido con esmero de pajas y yerbas amarillas; tan bien hecho, tan redondo y adornado de plumas finas y delicadas que no se puede imaginar otro mejor. Y aun mas; dentro de él hay cinco huevecillos de un azulado suave con manchas verdes.

—Qué bonito será! exclamó el Príncipe; ven, ven pronto á enseñármelo: estoy rabando por verlo.

—Sí? Pues yo no estoy en ánimo de enseñarlo.

—Te advierto, añadió el Príncipe, que solo deseo mirarlo, y cuenta que por eso te recompensaré cumplidamente.

—Recompensarme! repuso el pastor; así será, pero á pesar de todo no quiero dejároslo ver.

En este punto estaba la conversacion, cuando de repente se les acercó un eclesiástico de aire imponente y respetable, el cual era ayo del joven Príncipe. El pastorcillo no le habia visto hasta aquel momento, porque se habia quedado retirado algunos pasos detrás de los árboles, pero dicho personaje lo habia oido todo.

—Vamos, querido niño, prorumpió dirigiéndose al pastor; sé mas complaciente. Este joven nunca ha observado ningun nido, aunque los ha visto nombrados en sus libros. Hace tiempo que desea encontrar uno: sé condescendiente y guíale al sitio donde tienes guardado el tuyo. No temas que te lo quite, porque solamente quiere mirarlo.

A la llegada del eclesiástico el joven pastor se habia puesto en pié con prontitud, quitándose respetuosamente su sombrero, sin volver á ponérselo enseguida. Pero en la ocasion pre-

sente, en vez de ceder á su peticion, respondió moviendo la cabeza:

—Señor, dispensadme: tiene que ser como he dicho, os lo repito; no puedo enseñar el nido.

—Seguramente, niño, replicó asombrado el ayo, tu conducta es muy poco amable. ¿No te da gusto de que te se presente una ocasion de servir á otra persona, y sobre todo, añadió deteniéndose marcadamente, al hijo de nuestro Príncipe?

—Cómo! exclamó vivamente el joven campesino inclinándose con mucho respeto. ¿Es el hijo de nuestro Príncipe? Tengo mucho placer en verle y estoy orgulloso de haber tenido el honor de hablarle. Pero en cuanto á enseñar el nido no puedo hacerlo. No se lo enseñaria ni aun á su mismo padre en persona.

El joven Príncipe miró á su ayo con estrañeza, y despues al pastor con marcadas señales de disgusto.

—En mi vida, dijo, he visto un muchacho mas testarudo. Pero cómo ha de sér! ya buscaremos el modo de vencer su obstinacion.

—Príncipe, repuso el ayo, no os irriteis por cosa de tan poca valía; lo mas prudente es no acordarse mas del caso.

A pesar de lo que decía, el bueno del eclesiástico no sabia qué pensar de la terquedad del pastorcillo. Su firme y resuelta negativa le llamaba mucho la atencion. Sospechó que encerraba algun misterio, y trató de adivinarlo; por lo cual, dirigiéndose de nuevo á aquel, le dijo bondadosamente:

—Vamos, hijo, contéstanos al menos á una pregunta: ¿por qué te niegas á enseñarnos el nido? Dínos solamente qué razon te asiste, y te dejaremos en paz. No puedo creer que tengas ninguna que valga la pena para obstinarte de ese modo. Si la tienes, manifiéstamela, y no te preguntaré una palabra mas.

—Oh! si no es mas que eso, no tengo inconveniente y voy á contestaros. Un camarada mio llamado Miguel, que guarda su rebaño en lo alto de aquella montaña, me ha enseñado el nido, haciéndome prometerle que no se lo enseñaria á nadie, absolutamente á nadie.

—Ah! eso es otra cosa, replicó el eclesiástico.

Ya se disponía á alejarse con su discípulo, sin insistir mas en su pretension, cuando impresionado por la probidad y delicadeza del jóven pastor, se le vino á las mientes el someterle á una prueba mas eficaz. Sacó su bolsillo y dijo:

—Ves esta moneda de oro? Pues bueno, yo te la daré si consientes en enseñarnos el nido. Ninguna necesidad hay de que se lo digas á Miguel; y como solo tenemos deseo de mirarlo un solo instante y te prometemos no tocarlo ni aun con la punta del dedo, tu compañero no podrá recelar que nos has dejado verlo.

El muchacho cogió la moneda entre sus manos dándola vuelta en todas direcciones.

—Muy hermosa es en verdad, dijo; pero no puedo hacerlo; no quiero, añadió enérgicamente devolviéndola al eclesiástico. Si la aceptase seria un pícaro, y justamente no quiero serlo. ¿Decís que no lo sabría Miguel? Tal vez, pero creedme, yo no podría ocultar á Dios, que todo lo ve y todo lo oye, que he faltado á mi palabra y que no he temido desagradarle por ganar una moneda de oro. Faltar á la palabra está muy mal hecho, y yo no quiero tener remordimientos por tal cosa.

—Sin duda, no conóces insistió el ayó, el valor que tiene el oro que te ofrezco. Pues has de saber que si lo cambiasen en moneda menuda, tendrías para colmar con ella tu sombrero y tal vez te sobraría.

—Sería posible? exclamó el jóven pastor: ¡qué felicidad para mi pobre padre, si de una pudiese yo llevarle tanto dinero!

Y se puso á considerar de nuevo la moneda. Pero despues de un momento de reflexion, prorumpió con acento aun mas firme que antes.

—No señor, no; idos, y no queráis tentarme. Sabed por última vez que he prometido á Miguel no enseñar el nido, y el hombre solo tiene una palabra: no faltaré á la mia. Quedad con Dios.

Al decir esto, el jóven hizo ademan de alejarse.

Pero hé aquí que en este momento aparece un guarda-bosque del Príncipe, que oculto de-

trás de unos arbustos habia oído todo el diálogo. Comprendiendo que la intencion del ayó era experimentar al jóven pastor, decide tomar parte en el asunto. Adelántase bruscamente con semblante muy ceñudo, coje al pastor de un brazo, y esforzando su voz robusta le dice:

—¡Cómo se entiende, bribonzuelo! ¿así te produces con el hijo de nuestro soberano? Holá! ¡con qué te suplica que le hagas un favor tan insignificante, y tú se lo niegas por consideracion á no sé qué miserable pastorzuelo? Vamos, vamos, ó le enseñas el nido y sin tardar, ó te voy á dar el castigo que mereces.

Así diciendo, sacó su cuchillo de monte.

El infeliz pastor palideció, temblando de los piés á la cabeza, y con los ojos arrasados, exclamó con voz suplicante:

—Oh! perdon, señor, perdon! por favor perdon os pido!

—No hay perdon que valga, bribon, replicó el guarda-bosque con acento terrible. O nos enseñas el nido, ó sinó te mato.

El pastor se cubrió los ojos con las manos, no queriendo ver la reluciente hoja, pero á pesar de todo replicó:

—No; no puedo, no quiero, no debo.

—Basta, dijo el eclesiástico; la prueba ha sido muy fuerte.

Y dió orden al guarda de que dejase en paz al pastor y envainase su cuchillo. Despues, dirigiéndose al jóven con bondad, le dijo:

—No temas, hijo mio, nadie te hará daño porque te has portado bien. Eso se llama firmeza y valor: eres un jóven honrado y probo. Vé á buscar á tu camarada Miguel, y pídele permiso para que nos enseñes el nido. Así que lo hayas hecho vuelve á enseñárnoslo, y la pieza de oro que te prometí será para los dos: tú la partirás con él.

—Con mil amores, repuso el jóven pastor enjugando sus lágrimas. En cuanto Miguel me haya autorizado para que os enseñe el nido, tendré mucho gusto en hacerlo; pero no de otro modo. Venid esta tarde á buscarme y os daré la respuesta.

(Se continuará)

ANTONIO ARNAO.

HISTORIA.

ESPAÑA GODA.

V.

Poco notables son al decir de los historiadores los reinados que siguieron al de Sisenando; en ellos sin embargo se organizó la nación, y sino se dieron grandes batallas tomó un carácter y forma definitiva la administración política y civil. Chintila se distinguió por su celo en la conversión de los judíos y en no consentir otra religión que la católica en sus Estados. En su época quedó establecido como principio de derecho el que los Concilios compuestos del alto clero y los nobles, debían elegir ó sancionar al menos la elección de los reyes. Tuvo sin embargo buen cuidado el que cedió este derecho á las asambleas religioso-políticas de Toledo, de hacer reconocer á su hijo Tulga como sucesor suyo en el trono antes de su muerte. Pero Chindasvinto formó una conspiración que arrancó el cetro de las débiles manos que le llevaban, y únicamente mostró alguna generosidad dejando la vida á Tulga, aunque le cortó el cabello, especie de degradación muy común en aquel tiempo en que solo los godos que se miraban como nobles, por ser de la raza conquistadora, podían llevar el pelo largo, mientras los romanos ó el pueblo, que pertenecían

á la raza conquistada, tenían que usarle corto.

Del mal origen del reinado de Chindasvinto no pueden en verdad deducirse sus posteriores hechos. Pues el que había subido al trono por una rebelión, aunque era hijo del rey Siuntila, lo primero que hizo fué castigar á todos los que habían tomado parte en el destronamiento de los monarcas antecesores suyos de cuarenta años á aquella parte. Después asoció á su gobierno á un hijo de Recesvinto, y se retiró á un monasterio, donde pasó el resto de sus días en ejercicios piadosos. Hizo sin embargo un gran servicio, que fué el de establecer

un código general para los visigodos y el pueblo, que hasta entonces se habían regido por leyes diferentes. Recesvinto continuó la obra de Chintila abandonando á los Concilios los poderes legislativos, incluso el de exigir impuestos. Todos los negocios y leyes se trataban en las asambleas de Toledo á pluralidad de votos, siendo el soberano como un primer magistrado encargado de su ejecución.

Wamba, el sucesor de Recesvinto,

lejos de coartar estas facultades que iban arrancando al poder real el clero y los grandes, tuvo cierto placer en aumentarlas. Modesto por carácter y notable por sus virtudes, se negó en un principio á aceptar la corona que se le ofrecía; la colocó por último en su cabeza, y acudió al clero para que sancionase su elección, siendo ungido por Quirico, arzobispo de Toledo, con ceremonia hasta entonces desusada en España. No tardó mucho sin embargo en experimentar las malas disposiciones de sus



Wamba.

vasallos. Rebelóonse la Galia, Navarra y otras provincias poniéndose á su frente Hilderico, conde de Nimes. Wamba envió á un general godo, llamado Paulo, á sujetar á los sediciosos. Consiguiólo con facilidad, pero engreído con su efímera victoria se hizo coronar rey en Narbona, obligando á su legítimo monarca á reunir un numeroso ejército, caer sobre él y derrotarle. Tal vez hubiera costado la vida á Paulo su rebelion, pero los ruegos del arzobispo de Narbona

contuvieron á

Wamba, que se contentó con cortar el cabello, llevarle en triunfo á Toledo y encerrarle con sus cómplices durante su vida. En esta escursión batió además el monarca visigodo á un jefe franco, llamado Lupo, que había hecho una invasión en el territorio de Beziers. También consiguió una gloriosa victoria naval contra una armada de sarracenos que andaba recorriendo nuestras costas, siendo quizá este el único triunfo marítimo de la monarquía goda.

A su regreso se ocupó Wamba en establecer los límites de las diócesis eclesiásticas, que con el tiempo y las innovaciones se hallaban muy mal definidos; dió algunas leyes á la monarquía y ensanchó y puso en estado de defensa á la corte, que era entonces Toledo. Gravemente enfermo á consecuencia de un tosigo que le propinó el conde Ervigio, pariente de Chindasvinto, le cortaron el cabello y vistieron el hábito de monje; cuando volvió en sí, contento con su suerte, se retiró al monasterio de Pampliega, donde pasó el resto de sus días,

dejando la corona al mismo Ervigio, que no había vacilado en cometer un crimen para usurpársela.

La ambicion que había cegado á Ervigio hasta subir al trono no le deslumbró. No fué un rey notable por sus grandes cualidades, pero conservó la paz en sus Estados, y al morir dejó la corona á Egica, sobrino de Wamba, al que había casado con su hija Cijitona. Repudióla aquél, sin embargo de que asoció al

trono á su hijo Witiza, que le sucedió despues de su muerte.

Manchada por todo género de crímenes la memoria de Witiza ha pasado á la posteridad como un negro baldon que indica la decadencia de la monarquía goda. No han faltado sin embargo autores que han tratado de vindicarlo, aunque está probado que la última parte de su reinado no correspondió en nada á la primera. Justo, benigno y religioso en un prin-



Witiza.

cipio, no tardó en dejarse arrastrar por las mas torpes pasiones, y dió rienda suelta á sus vasallos para que siguiesen su vergonzoso ejemplo. No contento con esto cometió toda clase de crueldades, haciéndose odioso á sus cortesanos, sobre los que principalmente descargaron sus iras. Quitó la vida á Fabila, hijo de Chindasvinto y padre de D. Pelayo, que fué despues el primer rey de Asturias, y restaurador de la monarquía castellana. No fué menos injusto con Teodofredo, padre de D. Rodrigo, al que mandó sacar los ojos, sin que para ello le hubiese dado motivo. Estos actos de barbarie concitaron en contra suya el odio de sus

vasallos, al frente de los cuales se puso don Rodrigo, consiguiendo destronarle y colocarse en su lugar. Ignórase la época de su muerte, que algunos suponen se verificó en Toledo, mientras otros creen sucedió en Córdoba, donde le desterró el nuevo monarca, después de haberle mandado sacar los ojos en expiación del castigo que injustamente impuso á su padre. Sus defensores suponen murió penitente en un monasterio, y le hacen vivir hasta después de la entrada de los árabes en España, que dicen originada por las parcialidades que con su destronamiento se suscitaron.

JOSÉ S. BIEDMA.

ESTRELLAS Y LUCEROS.

BALEADA.

I.

Era una noche tranquila
De las hermosas de Mayo;
De esas, que al alma trasmiten
Un indefinible encanto.

Acariciaba la luna
Á las flores con sus rayos,
Y la fuente murmuraba,
Y susurraban los álamos.

Al pié de un sauce frondoso,
Y al puro cielo mirando,
De hinojos está una niña
De rostro sencillo y cándido.

Niña que deja se escapan,
Sin poder quizá evitarlo,
Dos lágrimas de sus ojos,
Y estas frases de sus labios:

II.

—¿Qué sois, blancas estrellas,
Que el alma mía
Olvida al contemplaros
Ventura y dicha?

¿Qué sois, estrellas,
Que así al corazón mío
Llenais de pena?

Sois medrosas y tímidas
Luces brillantes:
Quizá sereis los ojos
De los arcángeles;

Mas ¿por qué gimo
Cuando á miraros vengo?
¿Por qué suspiro?

Los luceros dorados
Dánme alegría,
Que su esplendor risueño
Mi alma ilumina,
Cuando á la aurora
Aparecer los miro
Trás parda loma.

Y cuando de la noche
Las sombras llegan
Parece me sonríe
Su faz serena.

¿Por qué del alma,
Estrellas tembladoras,
Me arrancais lágrimas?

¿Qué misterio se esconde
En ese cielo,
Que el contento me envía
Con sus luceros?

¿Qué encanto tienen
Las pálidas estrellas
Que me entristecen?

III.

Calló la niña, la frente
Sobre su seno doblando,
Y de la selva sombría
Salió un venerable anciano.

Su austera y noble figura
Cubría un ropaje blanco,
Y así respondió á la niña
Con acento dulce y blando:

—Dios escribe con estrellas
La historia de los humanos
Cuando el dolor les aflige
En el mundo desdichado.

¿Ves allá, trás la montaña
De luces, un grupo vario,
Que reflejan en la fuente
Con tan misterioso encanto?

Es la historia de una madre
Que perdió su hijo adorado,
Y pasa su vida triste
Sobre una tumba llorando.

¿Y ves mas lejos, radiante,
Por mil estrellas formado,
Un corazon, que entristece
Tus ojos al contemplarlo?

La desdicha simboliza
De una mujer, que rezando,
Curó del amor las llagas
Que su pecho desgarraron.

Por eso, niña, por eso
Brotó en tus ojos el llanto,
Al contemplar las estrellas
Que el cielo azul van bordando.

El alma entiende los signos
Que de Dios forma la mano,
Porque es de los cielos hija
Y viajera, va llorando.

¿Y sabes porqué contento
Dan los luceros dorados
Al alma tuya, que amante
Se sonríe al contemplarlos?

Porque ellos, los beneficios
Del mundo simbolizando,
Brillan en el firmamento
Alegrando á los humanos.

De practicar el bien, niña,
Jamás se canse tu mano,
Que á cada accion meritoria
Brotó un lucero dorado.

Y cuando subas al cielo,
El Hacedor soberano
De esos luceros brillantes
Tu corona habrá formado.—

IV.

Volvióse la niña hermosa
Para mirar al anciano:
Mas desaparecido habia,
Y un grito brotó en sus lábios.

—Dios—esclamó—Dios ha sido
Quien aquí mismo me ha hablado;
Él los divinos misterios
Me esplicó del cielo santo!

Pegó á la tierra su frente
Sumida en éxtasis plácido,
Y ya la luz de la aurora
Iba el cielo iluminando,

Cuando la niña volviendo
De su místico letargo,
Clavó en el cielo brillante
Sus ojos bellos y cándidos.

—Adios, pálidas estrellas!—
Murmuró su dulce lábio:
Cada noche de mi vida
Os contemplaré rezando.

¡Bien llegadas, bien llegadas,
Las penas que el mundo ingrato
Quiera enviar á mi pecho,
Si Dios me las va contando!

Yo haré tantos beneficios
En la tierra á mis hermanos,
Que mas que tristes estrellas
Veré luceros dorados!—

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA AVARICIA.

—Ten entendido, mi querido Julio, que una de las primeras cualidades que recomiendan á un niño son la moderacion en los deseos, y siento, hijo mio, que tú por el contrario, nunca te consideres satisfecho.

—Yo, mamá!

—Sí: ayer mismo cuando jugabas con Andrés y Dolores, todos sus juguetes te parecían mejor que los tuyos, sin contar con que al repartir los dulces los hubieras querido todos para tí, segun la ansiedad con que mirabas la parte que á los demás correspondia.

—Es por qué me gustan tanto los dulces!

—Y los juguetes?

—Andrés tiene un caballo tan bonito!

—No, hijo mio, no es la hermosura de su caballo lo que te arrastra, es el fatal defecto que te domina. Y si no tratas de corregirte en tu mismo defecto encontrarás tu castigo, porque esa es la justicia del Todopoderoso.

Terminadas estas palabras, la cariñosa madre dejó en el suelo al niño que tenia en sus rodillas, y éste, un poco confuso por la reconvenccion, y prometiéndose á sí propio vencer su fatal defecto, se dirigió al cuarto donde tenia reunidos sus juguetes.

Entregado estaba á sus reflexiones, y diciendo para sí:

—Dice mamá que soy ambicioso! Yo no

lo puedo remediar. En cuanto veo un juguete me parece mas bonito que cuantos papá me compra en los tiroleses; y lo son, vaya! El caballo de Andrés tiene cuatro ruedas, mientras que el mio no tiene mas que tres, y es mas chico.... Pero dice mamá que en mi mano está corregirme, pues bien, me corregiré y no desearé nada de nadie, aunque valga mas que cuanto yo tengo.

A este mismo tiempo llegó de la calle Domingo, el honrado criado de la casa, con una pistola diminuta en la mano, lo que probaba que Domingo volvía de la feria, porque hemos olvidado advertir que esto ocurría en la temporada que hay feria en Madrid.

—Ay qué pistola tan bonita! exclamó al punto Julio.

—Es para mi sobrinito, en lugar de la escopeta del otro día, con la que te quedaste tú porque te gustaba.

—Pues mira, la pistola sí que es bonita!

—Si no te se hubiera antojado la escopeta, y sobre todo si no la hubieras ya destruido....

—Qué? exclamó el niño con ansiedad.

—Que hubieras podido cambiarla, pero ya no lo esperes, dijo el criado volviéndole la espalda.

Julio un poco mohino se fué adonde estaba su madre, la hizo muchas caricias, y al cabo de un rato exclamó:

—¿Has visto, mamá, qué pistola tan bonita ha comprado Domingo?

—Bonita: Yo la encuentro inferior á cualquiera de tus juguetes.

—Por supuesto! has oído el ruido del tiro?

—Sí: producido por un tapon de corcho.

—Y eso qué importa! al fin se oye el ruido.

—Con qué tanto te gusta!

—Mucho.

—Y vamos á ver: ¿qué darías por adquirirla?

—Mi caballo de ruedas, mi volante y mi sable.

—El sable que te han comprado ayer?

—Sí, ya no me gusta.

—Enhorabuena: yo hablaré á Domingo, y creo que consentirá en cedértela.

Un momento despues se habia verificado el cambio.

Aquella misma tarde Andrés y Dolores fueron como de costumbre á jugar con Julio, que les mostró orgulloso su pistola.

—Es muy bonita. ¿Te la ha comprado tu papá?

—No por cierto: la he adquirido yo.

—Tú? exclamó Andrés.

—Qué, tienes dinero? repuso Dolores.

—No por cierto: he dado por ella el sable, el volante y el caballo.

—El volante tan bonito! dijo Dolores.

—El caballo que andaba solo? Estás loco!

—Por qué?

—Porque esa pistola costará un par de reales, mientras tu lindo caballo costó seis duros no hace mucho, repuso el juicioso Andrés.

Julio se quedó un instante pensativo, y dijo para sí.

—He hecho una tontería; bien dice mamá que la avaricia me perderá. En adelante no he de ambicionar nada, aunque vea lo mas bonito del mundo.

—Pues ahora voy yo á enseñarte una cosa que me han feriado.

—Vaya una cosa! repuso la niña con desden.

—A ver, á ver, dijo Julio.

—Mira, repuso Andrés, sacando una caja del bolsillo.

—Un jardín: y tiene su verja!

—Y su fuente, añadió Andrés, arreglándolo sobre una mesa.

—Es precioso! Quieres por él la pistola.

—Qué, ya te gusta mas el jardín?

—No, no, tienes razon, no la cambio, repuso Julio, recordando su reciente propósito.

Dolores, que habia salido un instante del cuarto, volvió á entrar con una linda caja de caoba en la mano, cerrada con su llavecita.

—Hé aquí, exclamó, un juguete magnifico! Fuentes, cascadas, barcos con marineros que reman, cisnes, patos...

—A ver, á ver, exclamaron vivamente los niños.

—Oh ! no, no se consigue eso tan fácilmente. Lo que mucho vale mucho cuesta ! Qué me dais por ello ?

—Yo, mientras no lo vea, nada ; exclamó Andrés.

—Yo cuánto quieras. Toma la pistola, los soldados, el carro y los bolos : no tengo mas.

—Me das todo eso !

—Todo por esa caja, exclamó el niño con avidez.

Dolores se hizo cargo de los únicos juguetes que ya conservaba Julio, entregándole la caja, que aquél se apresuró á abrir.

Lo primero que se ofreció á su vista fué una caja de papel recortado, que le hizo concebir lisongeras esperanzas acerca de lo que con tal esmero venia colocado, levantando una tras de otra diferentes capas de papel que ocupaban mas de la mitad de la caja. Ya comenzaba á tener alguna desconfianza Julio, cuando un papel de seda le hizo sospechar la proximidad del objeto apetecido: lo tomó cuidadosamente, y se encontró con una estampa que contenia un magnifico paisaje donde se veia pintado cuanto Dolores habia dicho. Julio acabó de registrar la caja.... y nada, solo quedaba en ella papel recortado.

—Me has engañado ! dijo el niño medio lloroso.

—No por cierto, exclamó á la sazón su mamá, que desde la puerta habia presenciado toda la escena anterior ; ahí tienes cuanto te han ofrecido, solo que en vez de aparecer de bulto como tú creías, está pintado sobre el papel.

—Y por esta aleluya he dado mis juguetes ! añadió Julio sin poder contener sus lágrimas. ¿ Quién me engañó para consentir en semejante cambio ?

—Tu fatal defecto ! No hace muchas horas te dije que en el mismo encontrarías tu castigo, y ya le has hallado ; hoy, por una ilusion que ves desvanecida, has dado todos tus juguetes : mañana por otra darás tu fortuna y tu felicidad si no dominas tu fatal ambicion y no

reflexionas, como tu juicioso amigo, antes de arriesgar lo que posees.

—Y me comprarás otros juguetes ?

—Haré mas : si te enmiendas te devolveré los que tenias, hasta los que diste á Domingo, porque todo ha sido una leccion preparada por mí para corregirte. Esa caja se la acabo de entregar á Dolores para ver el proceder de ambos, y he visto con dolor que Andrés tiene mas juicio y mas dotes para ser feliz que tú. Corrige tu fatal ambicion, hijo mio ! Mira que si hoy tu madre te prepara ejemplos duros en la apariencia y risueños en el fondo, mañana la sociedad te los ofrecerá amargos y sin enmienda ! Cuenta siempre con lo que espones, porque una vez perdido la sociedad no lo restituye !

Desde aquel dia Julio conoció la moderacion en los deseos.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

CORRED DESPACIO.

Cárlos y Federico vieron una manzana caída en el suelo.—Para el que la coja primero, dijo Cárlos.—Ya es mia, añadió Federico hallándose á algunos pasos de ella. Como iba á todo correr no vió que habia un árbol caído en el suelo ; no se acordó de saltar y se cayó. Para quién fué la manzana ?

B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.